PRESENCIA



BUENOS AIRES, VIERNES VEINTICINCO DE NOVIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y NUEVE. — AÑO I — NUMERO XXIII.

Aparece el segundo y cuarto viernes de cada mes. Administración: Calle Venezuela 649. Imprenta: Avd. San Juan 3875. Buenos Aires — Argentina
Precio del ejemplar: $ 0,50
Suscripción anual: $ 12.–

EL TRIUNFO DE MARIA Y EL REINO DE CRISTO

En 1946 se produjeron en Alemania dos apariciones, una de la Santísima Virgen y otra de Nuestro Señor Jesucristo. En ambos casos fueron hechas importantes revelaciones referentes, respectivamente, al triunfo de María y al Reino de Cristo. Cerraremos con ellas el presente estudio [1].

El 23 de abril, en Marienfried (Baviera), se apareció la Santísima Virgen a la joven Ana Berbl y le dijo lo siguiente:

"Allí donde hay mayor confianza y se enseña que Yo todo lo puedo, difundiré Yo la paz. Cuando todos los hombres crean en mi Poder, entonces vendrá la paz. Soy la señal del Dios vivo, Yo pongo la señal mía sobre las frentes de mis hijos. *La estrella perseguirá mi signo; pero mi signo vencerá a la estrella*".

El 25 de mayo, Ana Berbl volvió a ver a la Santísima Virgen, quien le habló así:

"Soy la Gran Mediadora de las Gracias. Como el mundo sólo por mediación del sacrificio del Hijo puede encontrar misericordia ante el Padre, de la misma manera vosotros sólo podéis conseguir ser oídos por mi Hijo por medio de mi Mediación. Cristo es desconocido en el mundo porque no me conocéis a Mí. El Padre ha derramado la copa de su ira sobre los pueblos, porque han desechado a su Hijo.

"El mundo fué consagrado a mi Corazón Inmaculado; pero esa misma consagración es y se ha vuelto una terrible responsabilidad. Pido que el mundo viva la Consagración que ha pronunciado. Tened confianza ilimitada en mi Corazón Inmaculado. Creed que Yo lo puedo todo ante mi Hijo. Poned en lugar de vuestros corazones pecadores mi Corazón Inmaculado, entonces seré Yo que atraiga la fuerza de Dios y el amor del Padre traerá de nuevo entre vosotros a Cristo por completo. Cumplid mis deseos para que Cristo pueda pronto reinar entre vosotros como Rey de paz. El mundo debe beber hasta la saciedad la copa de la ira de Dios por causa de los innumerables pecados con los cuales es ofendido mi Corazón.

"La estrella del abismo se hará sentir más furiosa que nunca y hará espantosos estragos, porque sabe que su tiempo es corto y porque ve que muchos ya se han agrupado en derredor de mi señal. Sobre ellos no tiene él ninguna fuerza, aún cuando haga perecer los cuerpos de muchos. Pero por causa de estas víctimas que mueren por Mí, crece mi poder y puedo llevar al triunfo a los restantes, al triunfo de Cristo. Algunos ya han dejado grabarse mi señal, pero serán siempre más.

"A vosotros, mis hijos, quiero deciros: No olvidéis en los sangrientos días que estas cruces son una gracia y dad gracia a Dios por este favor que os hace. Rezad y ofreceos por los pecadores. Ofreceos a vosotros mismos y vuestras obras al Padre. Poneos sin reserva a mi servicio. Rezad el Rosario. No pidáis por los bienes temporales. Se trata ahora de cosas de mayor importancia. No esperéis por señales y milagros. Yo quiero obrar en secreto como Gran Mediadora de las gracias. Os quiero conseguir la paz de los corazones si vosotros me escucháis. Sólo sobre esta paz se puede edificar la paz de los pueblos. Entonces reinará Cristo como Rey de paz sobre todos los pueblos.

"Procura que el mundo conozca mi voluntad. Yo te daré la necesaria fuerza para ello".

La tercera y última aparición de la Virgen en Marienfried ocurrió el 25 de junio. Durante ella reveló lo siguiente:

"Yo soy la Gran Mediadora de todas las gracias. Es Voluntad del Padre que el mundo reconozca a su Sierva. Los hombres deben creer que Yo soy la siempre fiel Esposa del Espíritu Santo y la medianera segura de todas las gracias. Mi señal está en aparecer; así lo quiere Dios. Sólo mis hijos lo reconocen, porque se muestra en lo secreto y dan ellos el honor al Eterno Dios. Aún no puedo mostrar mi poder en el mundo. Tengo que obrar en secreto con mis hijos. En secreto quiero obrar cosas portentosas en las almas, hasta que el número de la víctimas esté completo. Está en vuestro poder acortar los días de las tinieblas. Vuestra oración y sacrificios pueden romper la imagen de la Bestia.

"Entonces podré mostrarme a todo el mundo para gloria del Altísimo. Elegíos una señal para que la Santísima Trinidad sea pronto adorada y honrada por todos. Rezad y ofreced por mediación mía. Rezad el Rosario. Podéis conseguirlo todo por mi Inmaculado Corazón ante el Padre. Si es para su mayor gloria os lo dará, todo lo que le pidáis. Rezad el Rosario de la Inmaculada, como te lo he enseñado [2]. No pidáis bienes pasajeros, sino pedid gracias para las almas, para vuestra comunidad, para los pueblos, para que todos amen y honren al Corazón Divino. Observad el Sábado que me está consagrado, como os lo he indicado. Los apóstoles y sacerdotes deben consagrarse de un modo especial a Mí para que los grandes sacrificios que Dios pide de ellos crezcan en valor y santidad, si los ponen en mis manos. Haced por Mí muchos sacrificios; haced de vuestra oración un sacrificio. No seáis egoístas; se trata de que se dé al Eterno el honor y la satisfacción debidas. Si vosotros os entregáis así, Yo cuidaré de todas vuestras cosas. A mis hijos les daré cruces, pesadas y profundas como el mar, precisamente porque los amo en mi Divino Hijo. Os lo ruego, estad prontos en llevar la cruz, para que pronto pueda volver la paz. Elegid para vosotros mi señal para que se dé la honra debida a la Trinidad Santísima.

"Pido que los hombres llenen pronto mis deseos porque son los deseos del Padre y porque es necesario para su mayor gloria ahora y siempre. Un terrible castigo anuncia el Padre a los que no se quieren sujetar a mis deseos".

Como Ana Berbl le pidiera una señal exterior, la Virgen le contestó:

"He dado ya tantas señales y he hablado tantas veces, pero los hombres no lo entendieron. Cuando hay señales exteriores vienen grandes multitudes, a las cuales no les interesa lo principal. Si doy señales exteriores, estas mismas serán para muchos motivo de mayor responsabilidad, puesto que no cumplirán mi voluntad. El conocimiento de la aparición debe llegar a todos, pero la gente no lo toma en serio. Por eso sucede que estas manifestaciones vienen a ser privilegio de pequeños círculos. En estos pequeños círculos he de obrar prodigio y señales, cosas que el mundo no ve, sino sólo aquellos que miran en las secretas cosas.

"Allí donde haya un pequeño grupo que desea cumplir mi voluntad, haré Yo maravillas en las almas, como nunca. Pero estas señales las verán sólo mis hijos. Yo me alegro de que en tu patria la primera, se haya formado un pequeño grupo que me reconoce y que ha dirigido su vida y su obrar cumpliendo mis deseos. Me alegro de que este pequeño grupo hace conocer la voluntad del Padre en el mundo. Pero no sólo Yo he de ser Medianera ante el Padre; tienen que ser muchos que pidan y se ofrezcan. Necesito muchas almas sacrificadas. Necesito muchos hijos que estén dispuestos a ayudar".

Interrogada por Ana Berbl acerca de si debía edificársele una capilla que se le había prometido, respondió:

"Un pequeño grupo me ha ofrecido aquí ya muchos sacrificios. Yo me he alegrado y los he recibido. Deseo se edifique aquí un santuario como ese grupo lo desea. Deseo que mi embajada sea reproducida y hecha conocer a todos palabra por palabra. A consecuencia de esto se hará una división de espíritus. En el anuncio no se debe poner atención tanto a la palabra o a las circunstancias, sino que se haga conocer que mi voluntad es la voluntad del Padre. Un pequeño grupo querrá conocer la embajada y la cumplirá. La mayoría la despreciará o no la tomará en serio y quizás tomará motivo de escándalo. Vosotros no debéis temer; Yo estoy siempre con vosotros. Un pequeños grupo ya está pronto y esparcido en todos los países; ellos entienden mi pensamiento. Estos aceptarán mi embajada y la harán conocer y la tomarán en serio. Ellos han reconocido realmente mi posición de Madre admirable y Medianera de las gracias. De estos me alegro de veras y les quiero mostrar maravillas escondidas".

Cinco días antes de que la Santísima Virgen se apareciese por primera vez en Marienfried para revelarnos su plan y su triunfo sobre la "estrella del abismo", o sea el 18 de abril de 1946 (jueves santo), Nuestro Señor Jesucristo se manifestaba a un alma favorecida de Dios para revelarle la proximidad de su Reino. Esta revelación, que fué dada a conocer en el convento de San Antonio de Kempen (Baviera), dice así:

"Yo estoy muy cerca. La tierra se conmoverá y temblará. Será un juicio en menores proporciones, pero no temáis. Yo estoy con vosotros; vosotros os regocijaréis y daréis gracias. Los que en Mí confíen tendrán mi asistencia, mi gracia y mi amor. Pero para aquellos que no estén en estado de gracia, será terrible. Los Angeles de la Justicia ya están repartidos por todas las regiones de la tierra. Yo me manifestaré a los hombres y cada alma me reconocerá como a su Dios. La tierra temblará y los hombres gemirán; se realizará la obra del Espíritu Santo. Mi amor ha ideado y preparado ya esta obra desde el principio del mundo.

"Los hombres no escuchan mi llamado y desdeñan mi amor y mis sufrimientos. La humanidad entera está actualmente en peores condiciones de las que estuvo en tiempos del Diluvio. El mundo se asfixia en el pecado. El odio, la ambición y la concupiscencia llenan sus corazones; estas son obras del Demonio. El mundo está sumido en densas tinieblas; quisiera exterminarlos a todos. Unicamente por los justos hago prevalecer la misericordia.

"La justicia de Dios se ha derramado sobre la humanidad;



pero pronto descenderá sobre la tierra el Angel de la Paz. Yo quiero sanar y salvar. Por las heridas que ahora sangran alcanzará la misericordia la victoria sobre la justicia.

"Mis justos no deben entregarse al sueño ahora como mis apóstoles en el huerto de los olivos; deben rezar sin interrupción y proveerse de mis méritos para ellos y los demás.

"Se preparan acontecimientos formidables. Llegará a ser terrible, como no lo ha sido nunca desde la creación del mundo.

"Yo mismo vendré personalmente y manifestaré al mundo mi voluntad. Todos los que han sufrido tanto en estos tiempos, son mártires y forman la nueva semilla para la Iglesia. Les fué concedido tomar parte en mi flagelación, en mi coronación de espinas y en mi Vía Crucis. Hija mía, pronto vendré. Y lo que ahora sucederá sobrepujará a todo lo demás.

"*La Madre de Dios* y todos los coros de los ángeles tendrán parte activa en estos acontecimientos.

"El Infierno cree tener asegurada su cosecha; pero Yo se la arrebataré. Muchos me maldicen; pero Yo debo imponer estos padecimientos a los hombres, porque por medio de ellos se salvarán millares. Muchos lo soportan todo para expiar por los que me maldicen.

"Yo vengo y conmigo mi paz. Con pocos fieles edificaré Yo mi Reino. Con la rapidez del rayo llega este Reino, mucho más rápido de lo que la humanidad supone. Les concederé una luz especial. Esa luz será bendición para unos y tinieblas para otros. Aparecerá esa luz como la estrella que mostró el camino a los magos.

"La humanidad se convencerá de mi Amor y de mi Poder. Yo le manifestaré mi Justicia y mi Misericordia.

"Mis queridos hijos: se acerca la hora; orad sin intermisión. No quedaréis desilusionados. Yo reúno a los míos. Ellos vendrán apresuradamente de todas las direcciones para rendirme homenaje.

"Yo vengo; felices los que están preparados.

"Felices los que me esperan".

Cerremos con este impresionante llamado de Nuestro Señor la larga serie de manifestaciones sobrenaturales contemporáneas y saquemos las consecuencias que de ella se deducen:

1) Es evidente que los males que afectan y amenazan al mundo son castigos divinos motivados por nuestros pecados.

2) Para salvar al mundo de esos males y establecer el Reino de Cristo, María aparece en la tierra para pedir oración y penitencia, para evitar males mayores, para convertir a los pecadores y consolar a los afligidos; y sobre todo para buscar *almas víctimas*, que expíen por los pecados del mundo.

3) María nos enseña cómo podemos colaborar con Ella en su plan salvador: Devoción a su Inmaculada Concepción, devoción y consagración a su Corazón Inmaculado, así como al Sagrado Corazón de Jesús, Santo Rosario, Comunión reparadora de los primeros sábados de mes y, por lo menos, *vivir en estado de gracia*.

4) De cada uno de nosotros depende, en medida que sólo Dios conoce, la salvación del mundo. Se refiere en la vida de Santa Gema Galgani que nueve religiosas de un convento de Pasionistas lograron detener un gran castigo con sus inmolaciones y sacrificios. ¿No podremos nosotros, *cada uno de nosotros*, con un poco de buena voluntad y uniéndonos a la Omnipotencia Suplicante, más que muchas *conferencias de la U.N.* y *reuniones de los "grandes"*?

5) Por encima de todas las contingencias actuales y aunque podamos aún esperar, con saludable y eficaz temor, males mayores, y al parecer, un terrible castigo para los pecadores, debemos tener una confianza ciega en el anunciado triunfo de María y esperar firmemente su consecuencia: el Reino de Cristo.

ALBERTO EZCURRA MEDRANO

[1] En realidad, podríamos prolongarlo. La Santísima Virgen, a estar a recientes informaciones, continúa apareciéndose. Lo hizo entre 1946 y 1947 en Yugoeslavia (Bosniacir, Dasman y Gol) y en Méjico. Lo hizo en Roma en 1947. Pero tratándose de hechos muy recientes y sobre los que no hay todavía detalles abundantes, preferimos detenernos en 1946 y concluir con dos hermosas revelaciones cuyo texto se conoce íntegramente y que bastan por sí solas para arrojar luz sobre todas las demás.

[2] El Rosario de la Inmaculada le fué enseñado a Ana Berbl en una aparición anterior. Consiste en reemplazar las palabras que se dicen al final de las decenas, por las siguientes invocaciones:

Por la Inmaculada Concepción. — Salva a nuestra patria. — Proteje a nuestra patria. — Dirige a nuestra patria. — Santifica a nuestra patria. — Gobierna a nuestra patria.



JERUSALEN... ¿PARA LOS JUDIOS?

Las lágrimas que vertiera Jesús al contemplar la Ciudad de David, la Sangre derramada en el Calvario y la efusión del Espíritu ocurrida en Pentecostés, fueron el anuncio, la realización y el acabado cumplimiento de la sentencia recaída contra la población deicida, cuya ejecución llevarían a cabo las legiones romanas de Tito. Destruído el Templo, arrasada la villa y aventados sus moradores hacia los cuatro puntos del orbe, la desolación sentó sus reales sobre las ruinas de la ciudad de David. No se detuvo allí su desventura, pues a tanta desgracia se añadió la anunciada abominación, y en los santos lugares, donde otrora se rindiera culto al Padre y se inmolara al Hijo, fueron levantados ídolos falsos de los falsos dioses que aún reinaban en el Imperio pagano de los Césares. Y así tres siglos transcurrieron durante los cuales Jerusalén terrestre purgó, a razón de cien años por cada día, los tres días de la crucifixión y Muerte de su Rey y Señor.

Mas sobrevino la conversión de Constantino, y llegó también la hora de la Resurrección para la ciudad del gran Rey. Nuevamente se alzaron sus muros; las torres y terrados destacaron sus líneas cortadas sobre el cielo azul de la Judea, y las gentes acudían a sus puertas. Pero no era ya la villa oriental de mercaderes y de sacerdotes de la vieja ley, no era la Jerusalén terrestre, sino la imagen pétrea de la "Urbs Ierusalem beata... quœ construitur in caelis vivis ex lapidibus". Asentada sobre las huellas dejadas por el Señor, la nueva Ciudad, verdadero santuario del mundo cristiano, fué como un inmenso templo votivo, cuyas incontables capillas iban recordando los pasos del Redentor. La vida cotidiana de la población, envuelta en un hálito de piedad y recogimiento, desenvolvíase entre las prolongadas salmodias, penitencias y ayunos que tanto asombraron a Egeria la peregrina.

Eran los tiempos abiertos por la piedad de Santa Helena y la cristianización de los poderes políticos. La Palestina fué reconocida como Tierra Santa ¡Tierra santificada por Cristo! Jerusalén fué venerada como cuna del cristianismo, y el intenso amor de los fieles tuvo su más genuina expresión en las basílicas colmadas de monjes y peregrinos... Es verdad que Juliano el Apóstata sucedió a Constantino; pero su apostasía no pasó de ser un episodio fugaz, y su frustrado intento de reedificar el templo de Salomón no pudo impedir que el muro de los lamentos continuase siendo el único resabio del culto definitivamente superado en Pentecostés. Y si alguna vez la barbarie pagana hacía irrupción desde afuera, profanando los santos lugares, no faltaban Heraclios para castigarla y para restaurar el recogido ambiente de santidad. En cuanto a los que soñaban aún con la restauración según la carne del trono de David, la realidad evidente era que la judería nunca podría ser otra cosa que un extraño y adventicio ghetto, sólo redimible mediante su conversión a la verdadera fe y su incorporación consiguiente a la Iglesia.

Sobrevinieron luego tiempos más duros. El islamismo, como un cáncer, fué carcomiendo el oriente cristiano, y los turcos fanáticos terminaron por establecerse en Tierra Santa. La Cristiandad no podía, sin embargo, abdicar su indiscutida obligación de velar sobre ella. El Papa convocó a las huestes cristianas, y comenzó la edad de oro, la heroica edad de las Cruzadas. Jerusalén, cerrada para los peregrinos no dejó de ser el punto de más fuerte atracción para los fieles, y fué así posible su reconquista y la instauración del reino latino con Godofredo y sus nobles caballeros, que pusieron especial cuidado en aclarar que el único y permanente heredero de David no es otro que Cristo mismo.

Una vez más la media luna dominó los santos Lugares, sin que los denodados esfuerzos de los cruzados pudiesen evitar tanta calamidad. En Judea y sus aledaños incontables mártires dieron testimonio de la fe... Diríase que el Gran Rey quiso valerse del temible Saladino para trasladar a la auténtica y celestial Jerusalén a los valerosos cruzados que habían ofrecido vidas y haciendas para el rescate y la conservación del Santo Sepulcro. Y purificado, por otra parte, así hasta el último vestigio del más ligero apetito de dominación temporal, comenzó un nuevo período de peregrinaciones, humildes, trabajosas y colmadas de peligros. San Francisco señaló ese rumbo a sus frailes, quienes con su mansedumbre proverbial hicieron posible la conservación de los monumentos que aún se veneran, y hasta lograron granjearse la benevolencia de los déspotas otomanos.

Los siglos XV, XVI, XVII y XVIII fueron tiempos de duras pruebas para la Cristiandad, y hubo reyes que, como Francisco I, cometieron la felonía de pedir auxilio al turco en sus querellas con otros príncipes católicos, pero jamás se desconoció el carácter de cuna del cristianismo a Tierra Santa, ni dejó de velarse por la seguridad de sus peregrinos ni de exigirse

el debido respeto a los santuarios de Jerusalen. Ni siquiera los jacobinos de Francia se atrevieron a desconocer tamaña verdad! El siglo XIX, liberal y agnóstico, con sus imperialismos y sus luchas por el predominio político introdujo la Palestina en el ámbito de sus conflictos. Mas en el juego de influencias entre Francia y Rusia respecto de Turquía, el punto de mira esencial fué la tutela de los derechos religiosos de la Cristiandad sobre los Santos Lugares... Por lo menos en la medida en que la hipocresía importa un homenaje a la virtud, forzoso es reconocer que en tales disputas no se perdió de vista el auténtico carácter de Jerusalén y cuanto se le relaciona. ¡Al siglo actual estaba reservado el triste privilegio de perderlo!

La dominación del sultán de Turquía pasó a la historia. Sobre las ruinas del poderío otomano levantaron el suyo las fuerzas que prevalecieron después del descalabro de los grandes imperios del centro y del este de Europa. Pero tales fuerzas hoy están también en franca crisis, y lo único que parecería quedar en pie del desorden instaurado por el tratado de Sêvres es la célebre declaración Balfour. La pasajera hegemonía protestante (que se hiciera sentir en los Santos Lugares por la sintomática introducción de los cultos heréticos junto al Santo Sepulcro) es una de las tantas cosas liquidadas de la victoria a lo Pirro de los ingleses y del aplastante triunfo de rusos soviéticos y yanquis descreídos y judaizantes. El Estado de Israel ha superado ya al Hogar Nacional Judío y la amenaza de Juliano el Apóstata ¡Jerusalén para los judíos! se cierne otra vez sobre la Ciudad del Gran Rey.

Era necesario que hasta los últimos y más apagados destellos de las grandes dinastías de la Cristiandad fuesen extinguidos, y que la más brutal apostasía política hiciese sentir su poderío tiránico sobre el mundo, para llegar al escarnio de que el sueño de Juliano inspirase los planes de las naciones dominantes. Pero habría algo inexplicable, y sería que la Cristiandad pudiese tolerar que se disputase su señorío, o, mejor dicho, que olvidase su "mandato" (aquí, sí, puede hablarse de mandato) sobre la Ciudad Santa, sobre la Tierra que el Señor santificó con su presencia, sobre la colina donde fué crucificado, sobre el Sepulcro en que reposó hasta el instante de la Resurrcción, sobre la roca de la Ascensión... sobre el sagrado recinto de Jerusalén, para entregarlo todo a los verdugos de El, a los que le befaron, a los que le clavaron en la Cruz y le dieron muerte.

Si no sobraran los títulos de Nuestro Señor (¡he nombrado a la Cabeza del Cuerpo Místico que con El integramos!), sobrarían también para sostener los derechos de la Cristiandad dos milenios de oraciones y de padecimientos. Los dos Santiago martirizados en Jerusalén, el diácono Esteban... los anacoretas contemporáneos de San Jerónimo y de San Alejo, la monástica población que visitara Egeria, los peregrinos sacrificados por el furor musulmán al finalizar el primer milenio, los nobles cruzados que instauraron el reino latino, las incontables víctimas de Saladino, los varones que en tiempos recientes, como Foucauld y nuestro Esquiú, buscaron allí los vestigios del Señor, y los auténticos israelitas que como el Padre Ratisbona consagraron su vida y sus bienes a la conversión de los pérfidos... ¿no significan algo más que los magnates judíos adoradores del becerro de oro o que los fugitivos de los ghettos esparcidos por el mundo?

Frente a todo ello, nada podrían valer ridículos e insignificantes títulos fundados en la arqueología, en la raza o en la nacionalidad, que, comparados con los derechos del Hijo de Dios, son voces de viento o juegos de niños... ¡Jerusalén no será de los judíos más que el breve instante de la dominación del Anticristo! ¡Porque Jerusalén es de Cristo!

Santiago de Estrada





LA CONDUCCION

La revolución que vivimos no es la revolución que anunciamos y, sin embargo, esta revolución, la que anunciamos, sigue siendo hoy tan necesaria como nunca. Cuando hablamos de revolución, tomamos esta palabra en su sentido superficial y corriente, para designar los cambios que se han de introducir en los pueblos a fin de ajustar su conducción a las nuevas aspiraciones que en ellos se habrían despertado. Por grandes que en una revolución corriente sean los elementos irracionales e imprevisibles, cuando ella es preparada y conducida por políticos auténticos —y la política es obra de inteligencia—, la misma revolución, y aún sus circunstancias irracionales con lo que de irracional tienen, son gobernadas y encauzadas en los rieles del orden móvil de los comportamientos humanos. El político, comparado en la doctrina tradicional con el *nauta*, el navegante, sabe tener firme su mano en el timón, enfilando la proa por la ruta segura por encima de las olas y sorteando a uno y otro lado los peligrosos escollos. Es claro que un *político* no puede ser confundido ni con un ideólogo ni con un demagogo. Estos, con inconciencia y viveza de niños, desatan fuerzas que se imaginan han luego de gobernar; pero estas fuerzas, cuyo poder de expansión es secreto aún para los políticos más avezados, determinan, a su vez, el desenlace de otras fuerzas y furias incontenibles que acaban por tragar en su vorágine a cuantos entraran en la ronda del juego.

Nosotros anunciamos una revolución conducida por políticos y no desatada por ideólogos ni demagogos. Porque la revolución era necesaria. El ciclo de la concepción liberal burguesa estaba en declinación en todo el mundo. Y nuestro país, que era un punto en aquella red colonial que se movía en torno a la "city", debía estructurar su configuración económico-política de acuerdo a una nueva realidad, independiente de aquella red definitivamente quebrada. Hacía falta el hombre que, interpretando la nueva conciencia argentina, cumpliera ese cambio; que lo cumpliera, no retóricamente, sino en la realidad humana de nuestra convivencia social. Los partidos sobrevivientes —conservadores y radicales— de nuestro semi-coloniaje iniciado después de la batalla de Caseros, no supieron auscultar esta nueva hora argentina. Castillo pareció presentirla. Pero, en rigor, no la presintió. Surgió entonces el Ejército. Y, en algún momento, pudo esperarse que algún nuevo Carmona había de respaldar con su espada a nuestro Oliveira Salazar. ¡Vana ilusión!

La realidad concreta fué el Coronel Perón plebiscitado. Lo demás, historia que no sabemos en qué punto cerrará sus páginas.

El hecho cierto es que la Argentina se encuentra hoy ante una encrucijada como no se ha encontrado quizás en otra época de su historia. Porque mientras el mundo se halla entrecruzado por dos amenazantes imperialismos que no se conforman a nuestra tradición histórica, nuestro país, se halla profunda y temiblemente lacerado por odios políticos y sociales, y además desorganizado, terriblemente desorganizado, con una enorme y pesada administración pública, con su mecanismo productor y comercializador de la riqueza duramente mellado; y ello, no por causas que surjan de exigencias internas sino casi exclusivamente por la conducción económico-política de esta revolución que vivimos. De manera que un gobierno que estaba llamado a cumplir la revolución necesaria, vale decir, a crear la estructura jurídica que permitiera al país iniciar la grandeza histórica que el momento le deparaba, lejos de esto, al-



POLITICA NECESARIA

templanza
prudencia

borota y revuelve todo lo existente, utilizando, como explosivos sociales, consignas de convivencia y paz nacional.

Y frente a esto, nos preguntamos, ¿qué hace el país? Y aquí ya no dirijimos la pregunta a aquellos que debieran hablar y están mudos. No. Preguntamos esto otro: ¿qué suerte le cabe al país? ¿A quién se entrega? ¿Se entrega en manos de la oposición? ¿Se entrega en manos del nacionalismo? ¿Deja que continúe la actual política de Perón?

¿Se entrega en manos de la oposición?

Si al hablar de "la oposición", fuéramos a hacer todas las discriminaciones necesarias para caracterizar a grupos tan dispares, que llenan ochenta años de nuestra accidentada historia, sería cosa de nunca acabar.

El lector inteligente nos ha de dispensar de estas discriminaciones que, por lo demás, no nos parecen esenciales en el presente planteo. Importante nos parece, en cambio, determinar cuál sea el contenido que este vocablo suscita en la conciencia colectiva popular del momento presente. ¿Qué es un opositor? Un opositor no es cualquiera que esté contra *esta* Revolución, sino sólo aquel que, no alcanzando a comprender que es necesaria una "nueva política", se empeña en continuar con la vieja política y quiere que el país continúe como una colonia y que, por lo mismo ajuste su condición económico-social al régimen de coloniaje. El "opositor" no tiene sentido de "lo nacional" sino de "lo mundial". Sólo acepta "lo nacional" como a remolque de "lo mundial".

Sería largo determinar los móviles que mueven a los diversos tipos de opositores a aceptar este esquematizado planteo. Pero, en el fondo, creemos que hay en todo opositor un complejo de inferioridad. Se siente demasiado alucinado por el pregonado progreso de otros pueblos. Y así ayer le deslumbraron París o Londres, hoy le deslumbra Nueva York. Lo único que le parece miserable es lo propio o, en general, lo "south americano". A fuerza de vivir extravertido a lo extranjero, olvida el valor de lo nacional.

Esta actitud, si no logra ser superada e integrada, acaba por determinar un empobrecimiento progresivo de lo nacional que puede llegar a casos de un envilecimiento alarmante. Sin embargo; no todo es malo en esta actitud. Hay *un valor* fundamentalmente bueno que es justo reconocer. Por de pronto es un hecho histórico que la Argentina ha alcanzado un alto nivel económico y cultural por su intercambio con los pueblos de Europa. Su grandeza actual, su sentido del orden, su cultura, lo que la Argentina significa como fuerza y bienestar en el mundo, sus corrientes inmigratorias, la pasta biológica de sus hijos, su afán de superación, su iniciativa y característico espíritu de empresa, en fin, lo que se llaman *las posibilidades argentinas*, sus actuales posibilidades vivas, son resultado de la intercomunicación que hemos sabido mantener con los mejores pueblos del mundo. Esto es muy real. Y sería incurrir en un nacionalismo esterilizante y frenético desconocer estos valores y censurar por ellos a la "oposición".

Pero, desgraciadamente, la oposición no ha sabido ver y comprender que estos valores no son valiosos en la medida en que sabemos incorporarlos a nuestro suelo y sangre. Sin desconocer los otros valores universales, sin dejar de apreciarlos y admirarlos, nuestra obligación de argentinos es labrar esta parte de la familia humana en que nos ha colocado la Providencia. Esta tierra tiene su propia fisonomía y su propio destino. No es una tierra echada al viento y entregada a la explotación de mercaderes. Tiene madre, tiene historia, tiene hijos conscientes de un destino común. La Argentina quiere administrar su propia riqueza y comercializarla como propia; quiere fijar las normas de su común convivencia y modelar la fisonomía educativa de sus hijos dentro del cuadro de las naciones cristianas, sin duda, porque el mensaje divino ha llegado a nuestras playas invitándonos a cosas más altas sin renunciar a los legítimos valores humanos.

Y porque la oposición no ha sabido ver y comprender cosas tan verdaderas y tan sencillas, que siempre fueran un derecho imprescriptible, pero que ahora se tornaban realidades ineludibles impuestas por la nueva hora histórica del mundo, el pueblo, el pueblo argentino, le volvió las espaldas definitivamente. Y hoy, un gobierno "opositor" no puede gobernar.

¿Se entrega en manos del nacionalismo?

¿Entonces habrá de gobernar el nacionalismo? Nacionalismo es un vocablo que encubre elementos muy diversos, que pueden ser ateos o católicos, burgueses o proletarios, descamisados o con galerita. No podemos entrar en disquisición tan compleja. Pero si quisiéramos señalar la tendencia interna que empuja a todo nacionalismo en la medida en que es nacionalismo y nada más que nacionalismo, diríamos que es una tendencia centrípeta o de intraversión al propio suelo y a los valores de la propia historia. El nacionalismo tiende a encuadrarse en una actitud de adhesión a lo propio y de cierre a todo universalismo. Por esto, cuando no está contrapesado por otras tendencias, puede acabar por identificarse con el indigenismo, como acaece en algunas manifestaciones de países hispanoamericanos. Sin llegar a estos extremos, sin llegar siquiera al "mulatismo" o a "un mesticismo", puede querer afincarse en formas históricas nacionales ya irremisiblemente pretéritas, en "lo gauchesco" p. ej. o en los "valores de hoy en la cultura argentina".

Hay aquí también una actitud de cobardía frente a la aventura universal que significa el dinamismo del vivir. Está bien que defendamos nuestro ser nacional y que no lo entreguemos a la disipación de lo mundial. Pero a este ser, como a todo organismo vivo, no lo podemos fijar en un punto del espacio y del tiempo. Y si es un ser vivo que progresa junto a otros seres vivos que también progresan, no lo podemos aislar de los otros seres vivos, porque, al aislarlo, le privamos del acrecentamiento progresivo que recibe en la intercomunicación con los otros seres vivos. De aquí el peligro "aislacionista" y "fixista" de un nacionalismo que no sabe integrarse en valores universales y que quiere defender la independencia económica y política, cerrándose al torrente de vida universal. Porque al hacer esto se debilita. Un ser vivo que se cierra al acrecentamiento que le viene de fuera, *se estaciona*, y, por lo mismo, se retrasa frente a los otros que han continuado su progreso. Y al retardarse pierde el vigor que necesitaba para defenderse eficazmente frente a los otros que han progresado y que por un dinamismo necesario tenderán a absorberlo.

Por esto, un nacionalismo que por defender lo propio se cierra al acrecentamiento progresivo, espiritual, cultural y económico, en cierto modo ya ha perdido la partida. Porque se ha debilitado.

Fuera de todas estas razones, diríamos superiores, que hacen que sea resistido el nacionalismo que no sabe abrirse, las hay más inferiores y de influencia más inmediata y eficaz sobre el común de los mortales. Porque éstos no van a sostener un nacionalismo que les obligue a mantener un nivel económico inferior. Le echarán por la borda, si es necesario.

Lo que nos parece cierto, y esto lo decimos lamentando el



  

disgusto de muchos, es que aquí entre nosotros algunos elementos nacionalistas no han logrado dar la plena sensación de que están dispuestos a defender los valores de *la nacionalidad* sin disminuir la capacidad de acrecentamiento cultural y económico del país. Y porque no dan esta sensación, puede asegurarse que, por ahora, el nacionalismo no está en condiciones de gobernar.

¿Que continúe gobernando Perón?

La oposición no puede gobernar. El nacionalismo no puede gobernar. ¿Y acaso puede continuar su actual política el general Perón? Si el criterio para discernir el gobernante hubiera de ser buscado en la masa electoral, Perón habría de gobernar el país quizás indefinidamente. Pero si, en cambio, el bien del país real debe ser erigido en criterio, no hay duda que, día a día, aquella pregunta se hace más viva y apremiante. Porque, aunque a sus enemigos les-disguste, es un deber adjudicarle al General Perón algunas preciosas cualidades. Y entre estas, una es la de haber tomado muy en serio lo de la democracia, de la democracia a base de sufragio universal, de acuerdo a la cual tiene derecho al gobierno del país el ciudadano que cuenta a su favor con la mayoría de sufragios. La Sagrada Escritura ha pronunciado hace siglos el veredicto que merecen las mayorías, *Stultorum infinitus est numerus, Eccl.* I, 15, infinito es el número de los necios. Y el general Perón, que no lo ignora, como tampoco ignora que allí donde estos imponen y quitan al gobernante, lo decisivo no está en hablar y discutir los problemas de gobierno con los grupos minoritarios que de éstos pueden entender, sino directamente con la masa. Y con las masas dialoga el General Perón en forma tal como no ha sido capaz de hacerlo nunca ninguno de sus enemigos. Y las masas entienden mejor el problema de los bienes que conviene consumir que el de los bienes que conviene producir. Por esto, el General Perón ha iniciado su política económica de la abundancia o del alto consumo.

Con esta política, desde el punto de vista electoral, las cosas no han podido marchar mejor; pero, en cambio, desde el punto de vista del país, no han podido andar peor. Porque es claro que aquellas reservas enormes que quedaron como saldos favorables de lo que se llamó *La década infame*, se disiparon rápidamente. Las inmensas posibilidades de todo orden —cultural, político y económico— que el país ofrecía al final de la guerra, fueron llevadas por el viento en 1946 y 47. Al final de 1948 quedamos privados de esas inmensas posibilidades inmediatas pero con nuestro mecanismo productor intacto. Una juiciosa conducción económica nos hubiera deparado una situación, si no exuberante, al menos sana. Pero, desde entonces, aquella política de abundancia ya no era posible sino a costa de nuestra capacidad productora, sensiblemente afectada y resentida ya por nuestro anticuado y gastado instrumental técnico. ¿Qué hace entonces el gobierno? Acrecienta el montaje del monstruo burocrático, ampliando la administración nacional, las provinciales y municipales, y acrecienta asimismo el nivel económico de las masas asalariadas. El aparato productor del país, sofocado bajo estas dos presiones, se resiente aún más y comienza a declinar. Y hoy, esta declinación se hace sensiblemente manifiesta y nos encontramos frente a la situación paradójica de que, a medida que disminuyen los bienes físicos de consumo, aumenta en la masa asalariada la apetencia de estos mismos bienes a cuyo imperioso disfrute se le ha inculcado el derecho de que quisiera privarle la voracidad de capitalistas y "oligarcas".

La preocupación por el mejoramiento social de todos los asalariados del país es un propósito noble que no merece sino aplausos. Pero, para que este mejoramiento sea real y no ficticio, es necesario que se funde en un acrecentamiento del poder productor. Y hasta ahora nadie ha inventado el modo de aumentar el consumo sin aumentar la producción. Y he aquí lo que no han entendido los asalariados argentinos; he aquí lo que nadie ha tratado de hacerles entender. He aquí lo que habrán de aprender en la dura experiencia de un nivel real de vida que en lugar de subir tendrá forzosamente que bajar. Porque la demagogia nunca ha dado frutos saludables.

La conducción política necesaria

Una conducción política de la Argentina que quiera responder adecuadamente a nuestra realidad, tiene que atender a estos tres problemas vivos, a los cuales no puede dar respuesta completa la actual oposición, ni el actual nacionalismo, y a los cuales no responde tampoco el actual General Perón. Tres valores cuya heterogeneidad debe encontrar su modulado equilibrio en una política viva, que sólo puede cumplir el político que entienda que, por encima de los valores que expresan los grupos, está la realidad dinámica de la Argentina viviente.

Y sino fuera que suele ser extraordinario encontrar quien haga bien las cosas sencillas y ordinarias diríamos que aquí en la Argentina de hoy —a pesar de tantos inútiles y perjudiciales entuertos— no se hace difícil responder a los que preguntan, ¿qué se ha de hacer? Pues aquí, donde tenemos un suelo y un subsuelo riquísimos, y una población relativamente sana, emprendedora, con voluntad de trabajar, y gentes reacias a doctrinas exóticas, la respuesta es muy sencilla: No entorpecer con medidas gubernativas el desenvolvimiento del país. Emplear con prudencia, honestidad y buen tino aquellas indispensables que aseguren la defensa de las riquezas argentinas, conjuntamente con el aumento progresivo de la capacidad productiva redistribuída del país. Vale decir, aquellos tres valores que hemos señalado, lo nacional, el acrecentamiento de lo nacional por el intercambio mundial prudentemente vigilado, y la redistribución social.

Volvemos a repetir, es un problema sencillo, sumamente sencillo aquí en la Argentina. Sencillo para un político, en la acepción auténtica del vocablo, que sabe que gobernar no con-

SOBRE UNA

La Iglesia Católica ha enseñado siempre que sólo la aceptación íntegra de la Verdad, aportaría al mundo la libertad, la paz y una convivencia estable. Siempre ha enseñado que la fraternidad real entre los hombres, descansa en la Paternidad real de Dios; que si los hombres quieren estar unidos entre sí por lazos fraternos, es indispensable ligarse antes con Dios con lazos filiales. Hay que reconocer a Dios y a su enviado Jesucristo; hay que reconocer al verdadero Dios y aceptar la doctrina de Jesús en su totalidad para que la práctica, la acción, la moral, sean auténticamente cristianas. No se puede separar la moral de la doctrina, porque lo bello, lo grande y lo atrayente de la moral dependen intrínsecamente de lo real y verdadero de la doctrina. Separar y aislar la una de la otra, es condenarlas a muerte; equivale a corromper y disgregar la moral, reduciéndola a un conglomerado de fórmulas, de preceptos y de recetas prácticas sin vigor, sin sentido y sin fundamento sólido.

En estos últimos años, llevados algunos cristianos por el ansia de facilitar el acceso al cristianismo, han sobrepasado en algunos casos el justo límite. La lógica elasticidad apologética se ha desmesurado, y lo que en un comienzo fué noble propósito en la intención, en la práctica se volvió corrupción de la doctrina, desfiguración de la verdad y abandono de verdades fundamentales. Este peligroso ensanche del cristianismo se hizo en detrimento del catolicismo; se ha creado una especie de segunda zona donde la luz de las grandes verdades católicas llega amortiguada y sin fuerza; una zona neutra donde puedan acampar gustosos toda especie de cristianos, de modo que reunidos con el resto formarían el conjunto de los "cristiano-católicos". Al final, lo que en realidad se presenta, no es el verdadero cristianismo, sino un menguado sucedáneo, una caricatura de cristianismo, un cristianismo equívoco, adobado con todos los gustos y mitos de la época que sin duda lo hacen atrayente a un público mediocre, pero a costa de una profunda minimización y degradación de la doctrina.

Pero la Verdad católica debe ser librada de todo malentendido. Si la salvación de la humanidad está en relación directa con la eficacia de la aceptación íntegra de la Verdad, es un deber para todo católico procurar que la Verdad no se mezcle y se enturbie con los errores del siglo, puesto que estas confabulaciones quitan eficacia a la doctrina y repelen a las almas sinceras.

Más vale aquí un desacuerdo claro y una oposición sincera, que un acuerdo confuso y comprometedor. Para el que sigue a Cristo no hay zonas neutras o segundas: "El que no está conmigo, contra Mí está", dijo el Maestro. Veamos ahora un caso real.

Conocida es por todos la obra de Constancio Vigil. Sus obras, como EL ERIAL, VIDA ESPIRITUAL, etc. circulan ampliamente en la Argentina y en el extranjero, rodeadas siempre por

 

siste en substituir la acción del gobernante a las acciones de los gobernados sino en emplear aquella sólo en la medida en que estimula y promueve el desenvolvimiento armónico de las acciones de éstos. Y hoy que el país se encuentra maneado en sus movimientos, gobernar consiste en ir quitando prudentemente esas ataduras que traban y devolver a los hombres de empresa la libertad de movimiento. Porque, bajo una conveniente y prudente regulación del Poder público que asegure la armonía de los intereses comunes, nadie mejor que cada individuo para promover las empresas, comercializar la producción, intensificar los negocios, ocuparse de los problemas de la cultura y de la educación, etc., etc.

Y si hubiéramos de determinar el objetivo más inmediato que habría de proponerse un gobierno que ame al país y quiera defender la propia existencia y el propio prestigio, diríamos que habría de comenzar por desmontar la enorme máquina burocrática hasta reducirla a lo necesario; suprimir los sofocantes impuestos, reglamentaciones y expendienteos, poner término a los discursos y homenajes y medidas insólitas que siembran intranquilidad y cortar todas las causas que producen desasosiegos y trastornos. Y el país, que todavía tiene fuerza interna, se habría de recuperar rápidamente.

PRESENCIA

CONDECORACION

un halo de religiosidad cristiana y con fines expresamente pedagógicos pues se dirigen en especial a la niñez y la juventud. Sus obras entran sin reserva en los hogares cristianos, se regalan en las primeras comuniones y el Erial se ha vuelto para algunos como una especie de "Biblia laica". Además, el Reverendísimo Capítulo de la Archibasílica de San Juan de Letrán le ha conferido la Cruz de Oro Lateranense de primera clase. También tiene ya Constancio Vigil su biógrafo e intérprete. Es el suizo Emile Schaub-Koch, que ha escrito más de sesenta obras y que ha puesto su pluma al servicio del vigilismo pues ve en él nada menos que todo el porvenir de la humanidad. Es un libro ditirámbico hasta el ridículo; basta esta frase para muestra: *"Vigil se revela sobre el plano mundial como el divino anunciador de una humanidad nueva..."*. *"EL ERIAL permanecerá como base del renacimieno cristiano y humanista de un Occidente renovado, purificado, moralizado y será la salvación de la civilización cristiana"* [1].

Movidos por todas estas circunstancias hemos leído sus obras con el fin de responder a la siguiente pregunta: ¿Concuerda el Vigilismo con la doctrina católica? Después de un detenido análisis debemos decir que el vigilismo está muy lejos de concordar con la doctrina católica; más aún, creemos que sus obras son confusionistas, disolventes y peligrosas. Por lo tanto, la mentada condecoración Lateranense, que algunas revistas se han apresurado a divulgar y retratar, de ninguna manera debe interpretarse como aprobación pontificia de las ideas cristianas de Vigil no emanando dicha condecoración directamente de la Santa Sede. PRESENCIA cumple con un deber de justicia para con sus lectores y de obediencia filial a la Iglesia, dejando constancia y prueba de los errores contenidos en la obra de Constancio Vigil.

Es una obra EQUÍVOCA: la naturaleza y el carácter de la auténtica virtud cristiana se hallan totalmente desfigurados; las nociones del Bien y el Mal oscurecidos; los conceptos de Inmortalidad, Cielo, Autoridad, etc. positivamente confusos y errados; el Infierno, audazmente negado... Es una obra DISOLVENTE: la moral que propaga no es la auténtica moral católica; es más bien un moralismo sentimental, compasivo hasta lo enfermizo y mechado de resentimiento. Su obra es PELIGROSA: revestida con todos los vocablos cristianos, se desliza con facilidad en las almas incautas, sobre todo en la niñez y en la juventud; además, los verdaderos enemigos del catolicismo, que de ningún modo sienten el cosquilleo sentimental del vigilismo, apáticos ante las languideces de esas virtudes evangélicas, se verán reafirmados en su error puesto que asimilarán las verdaderas enseñanzas de Jesús a esa cosa dulzona e indigerible que chorrea de las páginas vigilianas.

Daremos a nuestros lectores algunos textos entresacados de sus obras, para que juzgue él mismo si concuerdan con la doctrina católica.











Dice Vigil: *"El castigo de Dios es la más necia calumnia que haya inventado el hombre. El infierno es una caricatura de la justicia divina... El castigo es maldad... El padre que flagela a su hijo le transmite una inolvidable lección de brutalidad. El juez que condena a muerte, enseña al vulgo a matar..."* [2].

Como podrá verse, se niega positivamente el infierno y se reduce todo castigo a pura y simple maldad. En la vigésimotercera edición, se han quitado las frases relativas al infierno, pero permanece en su integridad la tesis primera sobre el castigo, pues leemos: *"El castigo es maldad... La venganza, con traje civilizado, finge ser aleccionamiento, y se llama castigo"* (ERIAL, p. 48-49). Muy mala pedagogía es ésta, pues contradice expresamente lo afirmado por el Espíritu Santo en el Libro de los Proberbios: "El que excusa la vara, quiere mal a su hijo"; y en otra parte dice: "No escasees al muchacho la corrección; porque si lo golpeares con vara no morirá".

Piénsese en el equívoco fundamental de esta receta moral vigiliana: *"La pureza se perfecciona con la experiencia de los placeres terrenales"* (ERIAL, p. 130). En otra parte leemos: *"La mejor moral es el placer"*. (ERIAL, p. 119). Y qué decir de esta afirmación: *"Personas de ambos sexos se condenan voluntariamente a la esterilidad. Ellas dicen que de este modo sirven mejor a Dios. Otras afirman que la causa de Dios pierde más con esta anomalía orgánica. Evitar seres deformes, ¿no es un servicio hecho a Dios?* [3].

En su obra ALMA NUEVA, se lee al comienzo: *"Miremos razas, religiones, instituciones y costumbres sin prevención ni menosprecio"* (p. 9). El motivo por el que Vigil es llevado a mirar sin "prevención" todas las religiones es el siguiente: *"Las religiones son caminos que van a Dios"* (ERIAL, 123). Es lo más natural que ellas existan, pues "El (el hombre), en su pequeñez, determina lo múltiple, lo diverso, lo complejo, allí donde sólo existe la unidad, la simplicidad, la identidad. Por esto hay religiones, dioses, patrias" (ERIAL, p. 213).

Estamos frente a una pura moral, frente a un "moralismo" sin Credo, un vago sentimentalismo religioso separado de toda armadura dogmática. *"Comprobarás, asimismo, que el intelecto, con ser grande, es inferior al sentimiento"* (ERIAL, p. 212).

Toda la religión queda asimilada al sentimiento religioso, y la verdad religiosa, minimizada, relegada a un segundo plano. Por eso el Erial puede ser un libro para todas las razas, para todos los pueblos y para todas las religiones; la obra de Vigil contiene una "Universalidad", pero no es la universalidad de la Verdad "católica", es la universalidad de un vago, informe y común instinto religioso que dormita en la biología de todo ser humano. Pero esto nada tiene que ver con la civilización cristiana y con las enseñanzas de la Iglesia.

Estamos frente a un movimiento universal que relativiza la esencia misma del Catolicismo: Su Verdad. Para Vigil, "Vivir es vibrar. Todos los fenómenos vitales se producen por medio de vibraciones... Sonido, calor, luz, electricidad, no son más que vibración. Y también lo es el amor y las pasiones del alma. Porque el mundo espiritual, como el de la materia, son emanación de Dios, y se hallan regidos por la misma norma... La vida es un fenómeno único que cobra apariencias múltiples... Todo es igual por su origen, por su desarrollo y su destino, y todo se halla sujeto a un mismo impulso, a un idéntico ritmo, a una única voluntad..." [4].

La religión que nos ofrece no está ya constituída por un cuerpo de doctrinas; se nos impone sin Credo que exprese e incruste en lo más profundo del alma las razones profundas de la religación humana con Dios. Se reduce en suma a la moral, o, para decir mejor, al moralismo, porque una moral, aún natural, debe estar fundamentada para obligarnos, reposar sobre un fundamento firme, sobre una base necesaria, la metafísica. Y si nada la funda, y si nada la apuntala, ella se reduce a un puro formalismo, que no arrastra al hombre en lo más íntimo de su yo, y por la que jamás el hombre se sentirá obligado.

Por eso creemos que frente al Vigilismo, vale más un franco desacuerdo que una confusa concordancia. La Verdad saldrá beneficiada.

PRESENCIA

[1] Emile Schaub-Koch: Constancio Vigil y su Obra, p. 100-101.
[2] C. Vigil: EL ERIAL, tercera edic. p. 74-75.
[3] Ibid. 160-161.
[4] C. Vigil: LAS VERDADES OCULTAS, p. 179.

LA TRADICION Y LOS "CABECITAS NEGRAS"

Buenos Aires fué acusada de vivir de espaldas a la América Española que en inglés se dice "South America". ¿Pero cómo podía el porteño vivir de otro modo? Pues tomaba el tramway de mayoral asturiano; iba a la oficina del gerente inglés; le lustraba los zapatos un siciliano; lo afeitaban napolitanos; le servía café un leonés; le vendía cigarrillos un levantino; judíos le descontaban pagarés; veía la modista francesa, el albañil piamontés, el "restaurateur" alemán, etc., etc. Y en su casa le servían mucamas de Pontevedra o de Orense.

Para el porteño de la Provincia la cosa cambiaba poco: topaba quizás con más vascos que gallegos, más lombardos que calabreses, más descendientes del Bearn o más hiberno-argentinos que griegos o croatas, más sirios maronitas que sirios israelitas. Pero Buenos Aires seguía pareciendo una isla de Europa justo a la salida del Estrecho de Gibraltar; isla extendida hasta una frontera invisible pero infranqueable que la separaba de Afroamerindia.

Pero un día la ciudad advirtió desconcertada que para manejar el taxi o servir la mesa no era indispensable pronunciar "lor dos" ni "ven pracá", ni trastocar las ges en jotas ni viceversa; que el peón municipal y el lustrador de la cigarrería se expresaban con acento tucumano y que los media-cucharas zapateaban el gato con las parditas del servicio doméstico en los bailes del "Palacio de las Flores".

Para decir verdad Buenos Aires no acogió con júbilo la inesperada aunque nativista sustitución. Las amas de casa fueron las primeras en añorar los tiempos prejusticialistas en que las fregonas celtas salían una vez por quincena con el primo de Ribadeo, y quedaban en casa los diez años necesarios para con el ahorro de los cincuenta pesos de sueldo construirse la casita en Villa Luro o redondear la heredad en Villagarcía. Luego fué todo el mundo el que tuvo una queja: los tranways no paraban para que la señora gorda subiese con los paquetes; los trenes chocaban diariamente; los albañiles ponían trescientos ladrillos en lugar de mil; los barrenderos se esforzaban más bien en abonar el asfalto que en limpiarlo, y la viruela, con la peste bubónica, trajeron sus mortajas a la ciudad.

No deja de ser tragicómico que el sentido racista anticabecitanegra se despertase en los porteños por la llegada de unos argentinos de pura cepa cuando habían soportado sin pestañear toda suerte de aluviones exóticos. Expertos ya en veinte versiones del cocoliche, el cantito provinciano de sus primos de tierra adentro les supo a lengua bárbara, y fué como si la porra de un turco de Aleppo les pareciese menos piojosa que una melena correntina.

¿Pero no habíamos quedado en que la verdadera tradición argentina era cabalmente ésa de los "cabecitas negras"? ¿No nos refocilábamos con Juan Martín Moreyra Fierro; no gritábamos ¡Viva Ramírez! y no sosteníamos que los grandes estadistas eran lo montoneros de bota de potro? Hace poco alguien aquí en PRESENCIA se atrevió a sugerir que existían "otros gauchos" más dignos de recordación y casi muere entre las garras del águila bifronte que se llama Aspiazu-Petersen.

Pues ahí están en nuestro medio y conviviendo con los gauchófilos puebleros los nietos de los soldados de "Mascarilla", criados en ranchos sin casamientos pero con mucha guitarra y parejeros. Ya no vivimos en una ilusión europeizante sino dentro de "South America". Si sufrimos alguna ratería; si el café con leche no está a punto por la mañana porque anoche hubo zamba en un peringundín de Palermo; si la casa no se termina, el expediente no marcha, el empleado no nos atiende y los precios suben mientras la producción baja, no nos quejemos. Tengamos el coraje de nuestras convicciones y aplaudamos, como otrora, la demandada integración de Buenos Aires en Hispano América.

Claro que también algunos tenemos el derecho a protestar o a rectificarnos. Pero lo que no podemos es expresar nuestro disconformismo escupiendo al cielo, o sea haciendo chistes denigrantes contra los criollísimos "cabecitas negras", porque después viene el Gobierno y rinde homenaje a los gringos quitándoselo a nuestros abuelos; como ha ocurrido con el "Día del Agricultor" que celebra la llegada de unos chapetones atraídos por la prosperidad de un país que no habían hecho.

Es evidente que los "cabecitas negras" son un problema, pero el problema es tan viejo como la Conquista y la solución también. Esta la dió mi tío el viejo Aguirre (fundador, en los dos sentidos, de la más antigua ciudad argentina) sosteniendo, muy suelto de cuerpo aunque no de estilo, que "mejor servicio se hace a Dios en hacer mestizos que el pecado que en ello se hace". Suena a herético pero es sólido racismo que hasta el propio Santo Oficio, riéndose para sus adentros, se apresuró a perdonar sin mayores penitencias.

Porque mientras prevalezca en un mismo individuo o colectividad la sangre coloreada sobre la española o europea, tendrá desventajas prácticamente invencibles para mejorar culturalmente, o sea para civilizarse por completo. Inútiles serán los altos salarios si carece de estímulos morales para fundar una familia critiana o vivir en una casa confortable. De ahí que la tesis de Aguirre (en definitiva la misma de Alberdi y Cía.) se traduce es llegar al tipo nacional puro por cruza.

Pero no lo conseguiremos, al paso que van las cosas, si además de dar la espalda a Suramérica la damos también al Hotel de Inmigrantes. Pues a éste hay que vigilarlo estrechamente, evitando la importación de reproductores del Asia Menor, o de los ghettos, o de esa mitad de Italia que Mussolini fulminaba diciendo que debía ser la esclava de los italianos del norte.

No se echa barro al agua que se quiere clarificar, pero no olvidemos al mismo tiempo que tampoco se hace una buena salsa sin algo de ajo. Y el ajo del mestizaje ha probado ser excelente si se lo reduce a la debida proporción. Son innumerables los hombres célebres (además de los Grandes de España) que contaron entre sus antepasados algún "cabecita negra", desde Bolívar a Vélez Sársfield, para poner dos ejemplos dispares del hombre de acción heroica y del hombre de estudio sistematizado. Conozco más de uno que despotrica contra la oscura invasión de peones norteños sin reparar que su hermano o su tío demuestran en los rasgos que algún tatarabuelito pudo también (de vivir hoy) tocar el bombo por la Plaza de Mayo el 17 de octubre y gritar "¡gil!" y "¡otario!" cuando anunciaban premios a la honradez de los que habían devuelto carteras con dinero.

Porque los "cabecitas negras" no son otra cosa que esa parte de la población americana que quedó a medio cristianar cuando la Independencia y a la que en vez de darle catecismo le dimos constituciones, derechos del hombre y otros más recientes. Fueron el fondo sobre el cual seleccionamos el tipo más representativo, aunque no el más numeroso, del verdadero argentino. Podríamos decir, quizás exagerando un poco pero sin apartarnos de la verdad, que de esa plebe turbia, a menudo sin familia legítima ni nociones claras sobre la propiedad ni empeño en la obra bien concluída, provienen por decantación desde "los otros gauchos" hasta el más encumbrado aristócrata; si bien disciplinados por una larga continuidad de reglas de conducta que ningún código otorga ni quita.

No hay, por tanto, asunto de interés público que prime sobre la tarea de elevar, por la educación y el blanqueo, esa muchedumbre que el estadista puede moldear, en no muchas generaciones, sacándola tan buena como los prototipos castellanos, o tan mala como el melenudo chapucero e irresponsable que hoy se identifica falsamente con el criollo genuino.

Mas para eso hay que colocar la tradición donde corresponde y dejarse de rendir culto (con perdón de los martinfierristas) al bailecito monótono y a la demagogia del payador de pulpería. La tradición es cosa seria y cierta, no sujeta al capricho folklórico. Pero aún en estas cosas externas del costumbrismo se anda con los pies boleados. Así, por ejemplo, ningún Congreso Nacional del Folklore parece haber advertido que el verdadero deporte argentino, durante dos siglos y medio, (que no es poco) fué la corrida de toros y no la gineteada de potros, y que nada menos que Goya dibujó al aguafuerte al "indio Ceballos", gaucho torero que murió de una cornada en la Plaza de Zaragoza.

¿Pues qué no ocurrirá con la tradición espiritual, que es la que importa? Pero de ésta entiende sólo la Gente Decente aunque, como veremos en otra oportunidad (Dios mediante) ni toda la Gente Decente lo es, ni los "decentes" dejan de abundar también entre "los otros gauchos".

JUAN TAPIA VARGAS



Avisamos a nuestros lectores que con el número 25, que aparecerá en la segunda quincena de diciembre, cerramos una primera etapa de PRESENCIA. *Nuestros colaboradores consideran merecido un justo descanso, que se prolongará por tres meses. Esperan asimismo que este receso en la consideración continuada de problemas tan fuertes como los que presionan al país y al mundo, les permitirá, en la próxima etapa, una renovada visión de los actuales acontecimientos y problemas.*

CORREO ARGENTINO
Central
Franqueo Pagado
Concesión Nº 4830
Tarifa Reducida
Concesión Nº 4046